

» eso no me ha impedido consentir en vuestra ordenacion.
 » Continúad pues aplicando sin temor á nuestros pecados los
 » remedios que prescribe la ley divina. » Veia florecer la Italia
 en la misma época otros dos ilustres obispos : san Valeriano
 de Aquileya, y san Filostrato de Brescia. La España tenia,
 entre otros doctores, á san Paciano, obispo de Barcelona, quien
 con elocuentes escritos se mostró defensor de la fe y unidad
 católica. Esta misma tesis estaba sostenida en el África con de-
 nuedo y talento por san Optato, obispo de Mileva, que comba-
 tia los errores de los Donatistas. Este Padre sienta los verda-
 deros caracteres de la Iglesia : una, católica, en posesion, por
 una no interrumpida tradicion, del primado de la cátedra de
 Roma, garantía de la integridad de la fe y de la pureza de la
 disciplina. — En fin, entre todos estos grandes nombres, se
 levantaba el nombre ilustre del gran san Jerónimo. Habia na-
 cido el año 331, de noble y rica familia, en Estridon, en la
 Dalmacia. Alma ardiente y apasionada, capaz de las mayores
 hazañas, ansiosa de conocimientos, Jerónimo pasó parte de su
 vida en las Galias y en el Asia. Roma le vió estudiar en sus
 muros la filosofía de Aristóteles y de Platon; mas las doctrinas
 del Evangelio, que no estudiaba Jerónimo, fueron cabalmente
 las que mas impresionaron su ánimo. Se hizo bautizar, y desde
 entonces poniendo el mismo celo en el estudio de la religion
 que el que habia consagrado á las ciencias, recorrió la Siria, la
 Palestina y la Tebáida, para acostumbrarse á la vida monástica
 con el ejemplo de los monjes y santos con quienes se encon-
 traba.

Sobre todos estos doctores de la Iglesia latina, aparecia en la
 cátedra de san Pedro la majestad augusta del papa san Dámaso,
 que los dominaba á todos con la autoridad de su poder apos-
 tólico. Los *Donatistas* de África, los *Luciferianos* de Cerdeña
 se esforzaban en vano en reunir sus esfuerzos para oponer su
 antipapa Ursino al legítimo heredero del príncipe de los Após-
 toles. Dámaso es quien ofrece hospitalidad á Pedro de Alejan-
 dría desterrado, sucesor del gran Atanasio; á Dámaso se diri-
 gen sin cesar los partidos que dividian el Oriente; á Dámaso

acude san Jerónimo desde su desierto de la Siria, preguntándole
 si es menester seguir la comunión de Paulino y de Melecio en
 Antioquia; á Dámaso dirige san Basilio las mas vivas instancias
 para restablecer la paz de las Iglesias de Oriente; y en fin,
 san Dámaso es quien hace condenar en un concilio de
 Roma (377) el error de Apolinario, obispo de Laodicea. Este
 heresiarca sostenia que Jesucristo no habia tenido entendi-
 miento humano, sino solamente un cuerpo y una alma sensi-
 tiva, á los que juntándose la divinidad hacia veces de entendi-
 miento. Quería además probar que el cuerpo de Cristo habia
 descendido del cielo, y que no subsistió despues de la ascen-
 cion. Sus discípulos, llamados *Antidicomarianitas* (adversarios
 de María), negaban la virginidad de la Madre de Dios. Otra
 secta opuesta, bajo el nombre de *Coliridianos*, de la voz griega
Κολιρίδες (tortas sagradas), exagerando el culto á María, la
 honraban como á una divinidad, y como á tal, le presentaban
 ofrendas. San Dámaso restableció el dogma católico contra estas
 herejías opuestas, mostrándose regla viva de la fe de la Iglesia.

3. En tales circunstancias llegó á morir Valentiniano, de-
 jando partido el Occidente entre sus dos hijos : Valentiniano el
 jóven, que reinó en Italia, Africa y la Iliria; y Graciano, que
 reunió bajo su dominacion las Galias, España y la Gran Bre-
 taña (375). Valente no vió en este acontecimiento sino un me-
 dio de satisfacer mas libremente su odio contra el catolicismo.
 Como sabia que los monjes eran uno de los mayores apoyos
 de la fe ortodoxa, dió una ley obligándoles á llevar armas (376).
 Se enviaron tribunales á todas las soledades del Egipto, y gran
 número de solitarios perecieron, víctimas de las atrocidades de
 los soldados. Otras provincias del imperio, y en particular la
 Siria, fueron testigos de estas escenas horribles. Los perse-
 guidores atacaban las celdas de los monjes, quemaban sus cose-
 chas y les hicieron huir de allí. San Basilio ofreció asilo á estos
 fugitivos, y les escribió cartas llenas de ternura y amor para
 consolarlos. Sin embargo habia llegado ya el término marcado
 por la Providencia á los excesos de Valente : y encargó de su
 venganza á los Bárbaros, que se aprestaban en las fronteras

del imperio romano, para partírselo como presa. En 377, se presentó á Valente una diputacion de los Godos solicitando permiso para fijarse, á título de aliados, en el territorio del imperio. Los embajadores tenian al frente el obispo Ulfilas, que compuso la célebre version gótica de la Biblia, cuya escrupulosa fidelidad elogia san Jerónimo. Valente accedió á cuanto se le pidió; mas cuando los Godos, bajo la fe de la empeñada palabra, pusieron pié sin armas y sin provisiones en el territorio romano, hallaron allí generales que les robaron sus mujeres é hijas, y les rehusaron los medios de subsistencia que se les habian prometido. Tal injuria no podia quedar impune, y así es que en el siguiente año de 378 este pueblo, que no se habia querido admitir como amigo, se presentó con fuerzas considerables, y avanzaba sus correrías hasta los muros mismos de Constantinopla. Apoderóse inmediatamente un terror universal de todas las ciudades; y levantóse un grito general de maldicion contra Valente. Este príncipe, espantado por la proximidad de tan formidables enemigos, creyó aplacar al cielo y lograr su favor revocando todos sus edictos de proscripcion, y llamando en consecuencia á Pedro de Alejandría y á los demás obispos desterrados. En el momento en que salia de Constantinopla al frente de su ejército, el monje Isaac, cuya santidad veneraban todos, exclamó: «¿A dónde vais, oh príncipe?» «Dios es quien contra vos envia á los Bárbaros. Cesad de hacerle la guerra, de otro modo no volveréis de esta expedicion.» Valente, enfurecido, le mandó prender, diciéndole: «A mi vuelta os haré cortar la cabeza.» Pero no volvió. El 9 de agosto de 375, se empeñó el combate bajo los muros de Andrinópolis. Desde la batalla de Canas bajo Aníbal, no habian vuelto á experimentar los Romanos desastre mayor. Los dos tercios del ejército quedaron en tierra con treinta y cinco generales. El emperador, herido, y no pudiendo tenerse á caballo, se hacia curar en una cabaña vecina, cuando hé aquí los Godos, que reconociéndolo prendieron fuego á la cabaña, donde pereció quemado Valente y cuantos le acompañaban. Cumplióse la profecía del monje san Isaac.

6. La derrota de Andrinópolis pareció algunos instantes señal de la caída del imperio. «Se desploma el universo romano!» escribia san Jerónimo. Las fronteras del Tigris y del Eufrates estaban amenazadas por los Persas, Iberos y Armenios: invadida se hallaba la Iliria y aun la Tracia por los Godos. Fritigerno, su caudillo, que acababa de ganar tan señalada victoria contra Valente, podia con solo un sablazo echar por tierra las dos cabezas del imperio, Roma y Constantinopla. Los Taifales, Hunos y Alanos, pueblos desconocidos á los primeros Césares, bajaban ya de las grandes navas de la Tartaria, venciendo y arrojando á los Godos; las fronteras del Rhin y del Danubio se hallaban atacadas por pueblos de la Germania, por los Alemanes, Francos y Suevos. ¿Qué héroe no era necesario al imperio romano para rechazar tantos enemigos á la vez! Encontróse empero este héroe á la hora crítica, y su promocion fué debida á un príncipe de diez y nueve años. Graciano, subido al trono á los quince, en el Occidente, despues de la muerte de su padre Valentiniano I, habia cometido la enorme falta de hacer degollar injustamente en Cartago al conde Teodosio, hábil general, cuyas elevadas cualidades le habian atraído la envidia de los cortesanos. La víctima dejaba á un hijo de su mismo nombre, que vivia en la oscuridad de un estudioso y reflexivo retiro. A este mismo Teodosio hizo proclamar súbitamente Graciano emperador de Oriente para reparar su lamentable error primero. El universo todo aplaudió este acto brillante de la mas elevada y política justicia, y admiró el discernimiento de un príncipe apenas salido de la niñez, que iba á buscar á las extremidades del mundo el héroe destinado á levantar de sus ruinas el imperio (1). Ya habia dado Graciano un decreto que mandaba volver á sus diócesis á todos

(1) La España tiene la gloria de haber dado á luz el mas cristiano y perfecto príncipe á la Iglesia y al Imperio. Dice terminantemente que Teodosio el Grande era español, entre otros muchos escritores, san Isidoro, Idacio, el conde Marcelino, Zósimo, Sozomeno, Sócrates, Latino Pacato, Paulo, diácono. Hé aquí las palabras mismas del *Chronicon* de Idacio: «Theodosius, natione Hispanus, de provincia Gallæciæ, civitate Cauca, à Gratiano appellatur.»

los obispos desterrados por Valente, y restituir á sus iglesias á todos los que abrazasen la comunión de Dámaso. Entonces se dió un magnífico ejemplo de desinterés por aquellos obispos desterrados. Algunos de ellos, á imitación de Eulalio, obispo de Amasea en el Ponto, hallando sus sillas ocupadas por los Arrianos, les ofrecieron continuar en ejercer la jurisdicción episcopal si profesaban la fe romana. San Dámaso, para agradecer á Graciano los favores que otorgaba á la religion, juntó un numeroso concilio en Roma el año 378, votando acciones de gracias á los dos emperadores de Occidente, Graciano y Valentiniano el Joven. Graciano hizo aun mas: tomó medidas severas para comprimir las intrigas del antipapa Ursino, y mandó que todos los obispos condenados como herejes por san Dámaso serian llevados á Roma para hacer sumision en manos del papa, y no podrian conservar su jurisdicción sino despues de haber sido rehabilitados por él. Por manera que esto equivalia á hacer de la supremacia de la Iglesia romana una ley del imperio. El arrianismo vencido no osaba levantar cabeza: sólo subsistia de él una rama que se extendió entre las naciones del Norte. El veneno de esta herejía se comunicó de los Godos á los Gépidas, sus vecinos, y luego á los Vándalos. Estos últimos la introdujeron entre los Burgondas, hoy Borgoñones, donde la veremos resistir mas tarde durante algunos siglos á los esfuerzos del pontificado supremo. El advenimiento de Teodosio el Grande, en 19 de enero de 369, al imperio, confirmó de lleno las esperanzas de los católicos. El júbilo de la Iglesia, en tan universal alegría, sólo fué interrumpido por la muerte de san Basilio Magno el 1.º de enero de 379. Le lloró toda la tierra, como al doctor de la verdad y al vínculo de paz en el Oriente. Entre las numerosas obras de este gran Padre de la Iglesia griega, se notan sus *Ascéticos*, regla de vida para los monjes; su *Tratado sobre los Estudios*; su *Hexameron*, exposicion de la obra de los seis dias de la creacion; el *Libro del Espíritu Santo*, contra los *Pneumatómacos*; y sus *Cartas*, verdadero modelo del género epistolar. El estilo de san Basilio es tan puro, que Erasmo no ponía dificultad en

compararlo á los antiguos oradores griegos, y aun al mismo Demóstenes. Solo faltó á este hombre grande el que viera con sus propios ojos la paz, por la cual tanto habia trabajado, restablecida definitivamente en Oriente. La ley *Cunctos populos*, la primera que Teodosio hizo publicar á su advenimiento al trono, decia en sustancia que todos los pueblos sometidos á la autoridad de los emperadores romanos estarian obligados á seguir la fe del Pontífice de Roma; y que solo se llamarian católicos los que estuvieren unidos de comunión con él, que todos los demás serian mirados como herejes. Toda la legislación de Teodosio fué inspirada por el espíritu del cristianismo, de quien habia querido hacerse discípulo al mismo tiempo que subia al trono. San Ascolo, obispo de Tesalónica, le habia administrado el bautismo en el año 380; y todos los actos de su nuevo poder fueron los de un hijo sumiso y celoso de la Iglesia. Renovó el decreto de Valentiniano I, relativo á la libertad de los presos en el dia de Pascua; al firmar este decreto pronunció esta hermosa expresion: « Pluguiera al » cielo que estoviese en mi poder resucitar los muertos! » Mandó suspender durante toda la cuaresma los procesos criminales. « Los jueces, decia, no deben castigar reos en un » tiempo en que ellos mismos esperan de la bondad divina el » perdon de sus propios pecados. » Como se ve, la semilla del Evangelio habia brotado en el corazon de Teodosio. Todas sus leyes civiles están concebidas con el mismo espíritu. Castigó la delacion con las mas rigurosas penas; mandó que de tres en tres meses, fuesen examinados los registros de cárceles por un inspector para abreviar lo largo de las detenciones preventivas. Tomó medidas para establecer regularidad en el reparto de las contribuciones, reprimir las concusiones y el peculado, poner coto á los excesivos gastos de los gobernadores de las provincias que arruinaban sus pueblos con dispendiosas é inútiles construcciones. — Esta solicitud por las necesidades interiores del imperio no le impedia tener cuidado en asegurar una paz gloriosa con los enemigos exteriores. Los pueblos bárbaros, contenidos por la autoridad de su nombre y de sus

armas, se establecieron como aliados en las provincias que les señaló. Los Visigodos se fijaron en la Tracia, los Ostrogodos en la Frigia y la Lidia. La corte de Teodosio fué el asilo de los oprimidos de todas las naciones. Atanarico, rey de los Visigodos, arrojado por Fritigerno, vino en 381 á buscar refugio en su corte, donde fué recibido con todos los honores debidos á un grande hombre desgraciado.

7. La iglesia de Constantinopla, largo tiempo entregada á los Arrianos, era la mas atribulada en el Oriente. La muerte de Valente y el advenimiento de Teodosio llenaron de esperanzas á los católicos. San Gregorio Nacianceno fué llamado por ellos mismos al gobierno de su iglesia. Hacia ya algun tiempo que habiendo dejado la de Sazima, se habia retirado á su amada soledad. La penitencia habia encorvado su cuerpo antes de tiempo: su rostro macilento por las lágrimas y la austeridad, su cabeza cana y calva, y hasta su lenguaje mismo que se resentia de su acento oriental y de alguna rudeza de expresion, le acarrearón desde luego la mofa de los Arrianos. Pero muy pronto su encantadora elocuencia, sus virtudes, el milagro continuo de una vida de abstinencia y privaciones, le granjearon tantos oyentes, que forzaban las balaustradas del santuario donde predicaba. La casa particular en donde hacia sus pláticas no era bastante capaz para un concurso siempre en aumento; se agrandó y convirtió en una iglesia que se llamó la *Anastasia*, porque en cierto modo habia resucitado en ella Gregorio la fe católica (379). La nombradía y crédito inmenso del santo obispo llegó á tal punto, que san Jerónimo hizo expresamente el viaje á Constantinopla para oirlo. El doctor de la Iglesia latina habiéndole preguntado un dia la explicacion de un término bastante oscuro del Evangelio, san Gregorio le respondió sonriendo: « Yo os lo diré esta noche en la iglesia, » donde todo el mundo me aplaude. Preciso os será que allí » hagais como que me entendeis muy bien; porque si solo vos » no aplaudierais, todos os tomarian por un bárbaro. » Por aquí se entiende lo que pensaba san Gregorio de los aplausos de la turba, « que admira mas lo que entiende menos, » dice

san Jerónimo. Sin embargo, Demófilo, obispo arriano de Constantinopla, hacia cuanto le era dado para contrarestar la influencia de san Gregorio. Teodosio (en 380), no habiendo logrado que consintiese en abrazar la fe católica, tomó el partido de desterrarlo. Esta medida parecia deber de asegurar la calma; pero un Egipcio llamado Máximo, que habia profesado hasta entonces y enseñado la filosofia cínica de los Epicúreos, vino á Constantinopla, se formó un partido y se hizo ordenar obispo de ella (380). Semejante atentado llenó de tristeza á los católicos. San Gregorio, no queriendo ser ocasion inocente de ninguna division, anunció su designio de dejar una silla á la cual no habia ascendido sino violentando sus inclinaciones. Las instancias de los fieles le determinaron á quedarse aun entre ellos, hasta que un concilio, cuya próxima reunion se esperaba en Constantinopla, pudiese elegir un obispo católico. El negocio fué deferido al papa san Dámaso, que protestó contra la eleccion irregular de Máximo, y escribió á san Ascolo que se aprovechase de la reunion de un concilio que habia que celebrarse en Constantinopla, con el objeto de escoger un sucesor á san Gregorio. Este solicitaba mas y mas el permiso de regresar á su amada soledad: y como tanto insistiese para con Teodosio, le respondió el emperador: « Dios se vale de mí para » conservaros en esta iglesia. La ciudad está con tal y tan viva » emocion respecto de esto, que parece dispuesta á hacerme » violencia; pero todos saben que no es menester hacérmela » para consentir en que haga porque os quedeis. »

8. Abrióse el concilio el mes de mayo de 381: San Dámaso estaba informado de su convocacion y la aprobó. Habia dado sus instrucciones á san Ascolo acerca del principal asunto que se habia de tratar: la eleccion de un sucesor de san Gregorio. Las cuestiones dogmáticas que se examinaron en el concilio habian estado ya resueltas por el papa en sus cartas á los obispos de Asia. La profesion de fe que les habia transmitido habia sido suscrita por mas de ciento y cincuenta de entre ellos. Las adiciones hechas al símbolo Niceno y confirmadas por los Padres de Constantinopla, tocante la divinidad del Es-